

otros con mas talento que yo, me atrevo á decir que no encontrará ninguno que se dedique con mas celo y mas paciencia que yo á un trabajo en sí tan ingrato, y al cual solo me tiene ligado la utilidad que de él se espera.—Todo cuanto me toca á mí personalmente lo dejo á la consideracion que merece de V. esta provincia en la cual me hallo, y toda la sustancia de esta larga carta se resume en la solicitud de que me deje V. hacer aquí el bien que merece esta provincia y que es lo único que me liga á ella.»

Turgot se quedó en Limoges y perseveró en su obra. Año por año estuvo representando al rey contra la opresion de la talla y sobre la necesidad de rebajarla mucho. En el primer año de su cargo dijo que su provincia estaba proporcionalmente mas recargada que las otras en la suma de 600,000 libras y pidió para el año 1762 una rebaja de 400,000 libras. Rebajósele la suma en 190,000 libras; entonces pidió para el año 1763 otra rebaja de 200,000; y cuando se le rebajaron solo para el año 1764 180,000 libras, pidió para el siguiente un alivio de 300,000, ó cuando menos de 280,000, que le fué concedido. Así, el alivio notable de las cargas de su provincia, castigada por malas cosechas y enfermedades, fué el objeto de todas sus comunicaciones al gobierno, el cual atendió en su mayor parte todas sus peticiones. Otras cargas pesadas consistian en las obras de carreteras que se hacian por prestacion personal y el servicio de carros para el trasporte de tropas. Ambas cargas abolió Turgot, encontrando medio de hacer los servicios sin perjudicar á la poblacion rural. Construyó 160 leguas de carreteras y dejó las existentes en el mejor estado; cosas hechas sin prestacion personal, que constituyeron un título de gloria para este intendente de Limoges.

El año de carestía de 1770 puso á prueba la prevision y energía de este hombre incansable. Su primer cuidado fué conservar la libertad del comercio de trigo, decretada por una real orden del mes de julio de 1764, y protegerla contra los ignorantes que pretendiendo evitar el hambre, hicieron todo lo posible para abolirla. En esta difícil empresa encontró en los escritos de Letrosne y de Morellet de la escuela fisiocrática todo un arsenal de teorías excelentes, que ya mucho antes habia sabido aplicar con sorprendente éxito, segun se ve en su circular dirigida en 15 de febrero de 1765 á los jefes de policía en las ciudades de su provincia donde habia mercados de trigo. Fué menester una exactitud enérgica en los casos de desobediencia, y gracias á ella la provincia no tuvo que lamentar las fatales consecuencias del pánico que suele declararse en los pueblos en semejantes circunstancias y comunicarse luego á la misma administracion. Otro gran trabajo le dieron la beneficencia y la higiene pública, que reclamaban incesantemente su auxilio y cuyos servicios su corazon sensible no le hubiera permitido desatender, aunque se lo hubiese aconsejado su cabeza; mas para al remedio de estos males no existian entonces obras impresas ni maestros ni ejemplos que consultar; todo lo hubo de inventar apremiado por las circunstancias que pedian una accion inmediata; y cualquier otro filósofo que no hubiese estado como Turgot obligado á mostrar actividad y que no hubiese amado el trabajo por el trabajo como aquel hombre, se habria enredado completamente en las teorías del sistema de dejar hacer, dejar pasar, que constituian la escuela fisiocrática y que posteriormente se aplicaron tambien hasta un grado reñido con la razon natural. A principios del año 1770 publicó un plan para promover la formacion de sociedades de beneficencia y de caridad, que empezaba por las palabras siguientes: «El alivio de los que padecen es un deber general y un asunto de general interés,» y puede calificarse de obra maestra de caridad previsora y circunspecta. Proponia la

formacion de sociedades compuestas de personas de posicion, de instruccion y caudal, para el alivio de la miseria por medio de los esfuerzos privados. Cada uno se abonaria por la cuota mensual que quisiera y la pagaria á un tesorero elegido por la sociedad que llevaria las cuentas de entrada y salida. Estas dádivas se destinarian á los pobres de la localidad, ya en forma de limosna para los que no pudiesen trabajar, ya en forma de jornal para aquellos á quienes la sociedad ocupara en los trabajos que le ocurriesen, como caminos, carreteras y movimiento de tierra para los hombres. Para las mujeres se podrian adquirir tornos de hilar, y donde estos no fuesen conocidos procuraria la sociedad establecer una enseñanza donde las mujeres pudiesen aprender gratis.

Proporcionóse Turgot del tesoro real un adelanto de 300,000 libras para la adquisicion de viveres como trigo, arroz y judías y para el establecimiento de sus *talleres de caridad* junto á las vías públicas. Con estos medios, y una especie de socialismo previsor, pudo pasar la poblacion pobre de su provincia aquel invierno horroroso y el malísimo verano que siguió, y aunque Turgot no pudo aliviar todas las miserias, evitó un período de hambre verdadera que de otro modo habria sido inevitable. El trabajo que tuvo, los medios de que se valió, las buenas obras que hizo á despecho de los desengaños que le dieron las circunstancias desfavorables de la época y el empedernido egoísmo de los hombres; todo esto lo refirió y comprobó con hechos y números en la relacion final que dirigió al ministro el 15 de noviembre de 1771.

Cabalmente un año antes, en 14 de noviembre de 1770, habia escrito al ministro desde el pueblo de Saint Angel una memoria en la cual tomó por base una frase que le habia dicho en Compiègne para establecer sobre ella los principios fundamentales de la nueva ciencia económica. Esta memoria fué la quinta de las siete que le habia escrito en aquel año durante su viaje por su provincia, emprendido para organizar la nueva talla en las diferentes localidades. En las siete relaciones muy largas que encontró tiempo de escribir en el camino, pudo demostrar al ministro que, á pesar del clamoreo de la multitud, de ningun modo debía cercenarse la libertad del comercio de granos que acababa de ser introducida. En la citada entrevista de Compiègne habia convenido el ministro, cediendo á sus razones, en que el libre comercio de trigos era ventajosísimo para el propietario, porque aumentaba sus ingresos, y Turgot le habia dicho que estos ingresos de los propietarios eran la prenda de todas las rentas que el tesoro sacaba del suelo patrio, y la fuente principal de toda la economía pública de las naciones.

Estos ingresos de los propietarios, expuso Turgot en su relacion, son el manantial de la mayor parte de los salarios que mantienen al pueblo bajo, porque el jornalero y el artesano no poseen mas que su trabajo; viven de los productos del suelo que han de comprar con el trabajo de sus brazos, y solo pueden comprarlos con él, ó con su representante, el dinero, que pasa á manos de aquellos que cosechan los alimentos que el pueblo consume. En resumen, la suma de las subsistencias, ó sean los valores producidos anualmente por el suelo, forma la suma de los salarios que se distribuyen entre todas las clases de la sociedad. El cultivador consume lo que necesita para vivir directamente de lo que produce, y parte el resto con el propietario del terreno; y el gasto que hacen ambos, ya sea para continuar ó mejorar su cultivo, ó para cubrir sus necesidades personales, se distribuye entre todos los demás miembros de la sociedad como precio del trabajo que han hecho, ó sea en forma de salarios. Los valores que estos últimos dan en cambio del dinero recibido, ó sea de las subsistencias que han consumido, vuelven en

una forma ú otra á manos de los cultivadores desde las cuales empieza de nuevo la circulacion cuya constancia es la condicion de la vida del Estado, como lo es la circulacion de la sangre la condicion del organismo animal; y todo lo que aumenta la suma de los valores producidos por el suelo, aumenta tambien la suma de los salarios que se dividen entre las demás clases de la sociedad; resultando, finalmente, que los ingresos de los propietarios del suelo son el único manantial del cual saca tambien el Estado sus ingresos. De cualquier modo que se cobren las contribuciones, y cualquier carácter que tengan, siempre las pagarán en último resultado los propietarios del suelo, sea aumentando sus desembolsos ó reduciendo sus ingresos.

El producto bruto del suelo no debe confundirse con el producto líquido, que es el que queda despues de haber restado los gastos de produccion. Solo de este producto líquido deben quitarse el diezmo del cura, la renta del propietario del terreno y la contribucion que exige el rey, como único fondo disponible; el resto pertenece al cultivador; es su parte sagrada que no puede tocarse sin dejar paralizado todo el mecanismo. Es preciso distinguir muy bien el cultivador del propietario del terreno; si el primero tiene capital se hace arrendatario (*fermier*), y si no tiene ninguno, se hace mediero (*metayer*) ó jornalero.

El sistema de arriendo es mucho mas ventajoso para el propietario, para el cultivador y para la agricultura misma; es el que prevalece en la Picardía, en la Normandía, en los alrededores de Paris y en casi todas las provincias de la Francia Septentrional, que son por esto mismo las mas ricas y mejor cultivadas. El sistema de parceria prevalece en el Mediodía de Francia, donde se hallan las provincias mas pobres y peor cultivadas. Pues bien, la libertad del comercio de trigo tiene la inapreciable ventaja de que el propietario del suelo y el cultivador, sea arrendatario ó mediero, salen beneficiados sin que pierda nada la poblacion rural, porque es un error que el comercio libre del trigo aumente el precio medio del grano.

Hallándose Turgot en Paris para tomar algun descanso cayó enfermo el rey Luis XV á principios de mayo de 1774 y murió el 10 del mismo mes. Uno de los primeros actos de la joven corte fué nombrar á Turgot ministro, con lo cual pareció á todo el país rasgado ya el espeso velo que hasta entonces lo habia separado de la felicidad; sentimiento que el lector comprenderá despues de lo que dejamos dicho sobre Turgot.

## II

## PRINCIPIOS DEL REINADO DE LUIS XVI

Hacia la noche del día 9 de mayo de 1774 empezó la agonía de Luis XV. Aguardando por instantes que espirara, estaba reunida toda la corte la mañana siguiente en los aposentos del palacio de Versalles mas distantes de los miasmas mortíferos que exhalaba la habitacion del enfermo. La gran sala llamada de la *Claraboya* estaba cuajada de cortesanos, y el palacio rodeado de curiosos. El Delfín habia dispuesto salir de Versalles con toda la familia real en el mismo instante en que el rey dejase de existir, á cuyo fin el caballero habia mandado que una de las personas que estaban en el cuarto del rey pusiese una luz encendida en la ventana y la apagase en el momento que el enfermo exhalara el último suspiro. Poco despues de las tres de la madrugada se apagó la luz, y al instante montaron á caballo los guardias de corps, los pajes y los caballeros. El Delfín con su esposa aguardaban con indescriptible impaciencia

la noticia que les habia de dar el título de reyes. Con estrépito infernal acudió el enjambre de cortesanos desde las antecámaras del rey muerto á las del sucesor para ser los primeros en rendir homenaje á los nuevos reyes. Estos se arrodillaron, y hechos una mar de lágrimas exclamaron: «¡Oh Dios, guáanos y protégenos; subimos al trono demasiado jóvenes (1)!» Solo admitieron las primeras felicitaciones; enviaron órden á la Dubarry de retirarse inmediatamente á la abadía de Pont aux Dames cerca de Meaux; y á las cuatro de la madrugada, una hora despues de haber muerto el rey, estaba toda la corte camino de Choisy. En aquel palacio á la mañana siguiente Luis XVI, que á la sazón contaba 20 años, escribió una carta, su primer acto de rey, en la cual se ve toda la sinceridad del espanto y todo el sentimiento de desamparo que le dominaba al verse colocado tan repentinamente en el trono de sus mayores.

En esta carta fechada: Choisy 11 de mayo de 1774, decia el joven rey: «En medio del justo dolor que me agobia, y que parte conmigo todo el reino, cargan sobre mí grandes deberes. Soy rey, y este nombre encierra todas las obligaciones que pesan desde hoy sobre mí; pero no tengo mas que 20 años y me faltan muchos conocimientos indispensables. Además no puedo hablar con ninguno de los ministros, atendido que todos han estado en contacto con el rey durante su enfermedad. La conviccion que tengo de vuestra honradez y de vuestro profundo conocimiento de los negocios me determina á suplicaros que me ayudeis con vuestros consejos. Venid tan pronto como podais y tendré en ello gran satisfaccion.» Esta carta régia era de lo mas confidencial, íntima y secreta que podia ser, como se comprende desde luego, por cuya razon era deber de toda persona que la conociese guardar reserva sobre ella; pero á pesar de esto llegó muy pronto á manos de redactores de periódicos que se dieron prisa á publicarla; y en 15 de mayo de 1776 la insertó el canceller Maupeou en su *Journal Historique*, del cual hemos extractado ya varios párrafos.

El rey habia destinado esta carta al ex-ministro Machault, hombre de honradez incorruptible, que se habia distinguido desde 1745 hasta 1754 como inspector general de hacienda, y que despues como ministro de marina habia prestado hasta primero de febrero de 1757 eminentísimos servicios al Estado, recompensados por cierto con la ingratitud mas negra. De este hombre que á la sazón contaba 73 años, y cuya honradez y cuyo profundo conocimiento de la historia eran notorios, podia esperar el rey efectivamente valiosos consejos; pero la carta escrita para él fué enviada al conde de Maurepas, que tenia exactamente la misma edad y vivia en el destierro lejos de la corte y separado de todo empleo desde mayo 1749; es decir desde hacia 25 años, no habiendo conocido jamás al Delfín, ni á su esposa, ni tenido relacion alguna con ellos. Cualquiera que hubiese dicho que este hombre se habia distinguido cuando era secretario de Estado, por su formalidad ó por su conocimiento exacto de los negocios, habria pasado por un ignorante ó por un burlon malicioso. Sus versos mordaces, calumniosos y denigrantes le habian atraído el oído de la Pompadour, y Mirabeau el mayor, le llamaba *el loro viejo de la regencia*. Con esto basta para calificar al sujeto y para probar que jamás pudo ser hombre de Estado; de suerte que nadie comprendió cómo habia podido ser llamado por el rey, excepto en el palacio de Choisy, donde se sabia cómo habia sucedido el *quid pro quo*. El joven rey, como hemos dicho, habia escrito la carta para el ex-ministro Machault y la habia mandado llevar á

(1) Véanse las *Memorias sobre la vida privada de María Antonieta por la señora CAMPAN*, tercera edicion francesa, Paris 1823, tomo I., 77 y 78.

su destino, cuando la princesa Adelaida, la mayor de las cuatro tías del rey, mujer de carácter dominante y resuelto, se entendió con la señora Campan y por su conducto hizo volver al paje encargado de llevar la carta, y poniendo á esta otro sobre, la envió al conde de Maurepas. Así lo cuenta la misma señora Campan, y así se contó y se creyó en todos los círculos de la corte.

Esto explica el recibimiento que hizo á Maurepas cuando este se apresuró á cumplir el deseo expresado en la carta. Maurepas dijo al rey al fin de la entrevista: «¿Con que V. M. me nombra su primer ministro?» á lo cual contestó el rey: «No, no tengo tal intencion.» «Entonces, repuso Maurepas, es que V. M. quiere que le enseñe á no necesitarlo.» El contexto de la carta indicaba claramente la intencion del rey de nombrar un primer ministro; pero el cambio del sobre parece que le hizo también cambiar de idea. La intervencion de la princesa Adelaida se explica por los consejos del ex-jesuita Radonvillers, el cual le insinuó que Machault era un jansenista, enemigo del clero y por tanto poco apto para servir á la corte y al Estado (1).

La expulsión de la Dubarry indicaba la ruptura completa con la vida licenciosa que habia hecho la corte del rey difunto, objeto de abominacion de las personas decentes; pero no significaba un cambio político. Por el contrario, el llamamiento del anciano conde de Maurepas indicaba que se pensaba en dejar marchar las cosas como habian ido hasta entonces, solo con un poco mas de decencia y con mejor talento. Esta fué á lo menos la opinion de Voltaire, porque escribió entonces: «El señor de Maurepas era el hombre único para toda especie de farsas de gran aparato, siendo además célebre por sus chistes. Todo esto es mas divertido que atronarse los oídos con la cuestion de si los asesinos de Calas y de La Barre volverán á comprar el derecho de ser magistrados y de juzgarlos.» El cambio verdadero que muchos esperaban habria sido nombrar primer ministro á Choiseul, que no tardó en presentarse de nuevo en Paris. La reina pidió con grandes instancias su reposicion, siguiendo las instrucciones de su madre la emperatriz María Teresa, la cual se tomaba vivísimo interés por la suerte de aquel diplomático, que habia negociado el casamiento de su hija. Así por lo menos se decia en Paris; pero en este punto el joven rey se mantuvo inflexible, porque sabia el modo de pensar de su difunto padre respecto de la alianza con Austria, y con cuánta perspicacia habia previsto todas las desgracias que semejante alianza produjo, segun se ve en su Memoria del mes de julio de 1756 (2), sobre todo en el pasaje siguiente: «Si es verdad que el rey ha declarado al conde de Stenberg que auxiliaria á la emperatriz, no solamente con los 24,000 hombres prometidos en el tratado, sino hasta con todas sus fuerzas si fuese menester, seria esta promesa un compromiso sagrado al cual no se podria faltar. Admitido esto, resulta que el rey no es ya dueño ni de la guerra ni de la paz. De la emperatriz depende mezclarle en una guerra, que entonces se haria general y podria ser muy larga.» Esta es la verdadera interpretacion de la declaracion escrita por el rey Luis XV en 1.º de mayo de 1756.

El nuevo rey de Francia Luis XVI, cuyo padre, autor de la citada Memoria murió siendo Delfin, estaba muy satisfecho de vivir en paz y amistad con la corte de Viena, y de ver ga-

(1) Véase SOULAVIE, *Mémoires historiques et politiques du regne de Louis XVI*, y la carta del conde Mercy del 17 mayo á la emperatriz María Teresa en ARNETH-GEFFROY *Marie Antoinette. Correspondance secrète entre Marie Thérèse et le comte Mercy-Argenteau*. Paris 1874. II, 164.

(2) Véase esta Memoria en la obra de SOULAVIE, tomo I, página 229 hasta 279.

rantidos ambos beneficios por su matrimonio con la hija de la emperatriz; pero no queria de ninguna manera que esto condujera á una alianza para correr aventuras cuyos gastos habria pagado siempre la Francia.

Caida la Dubarry, era imposible que siguiera á la cabeza de dos ministerios el duque de Aiguillon que habia sido el instrumento de la célebre concubina; por esto fué reemplazado en los negocios extranjeros en 4 de junio por el conde Gravier de Vergennes, hombre honrado y político sin opinion personal, que era la cualidad que Luis XVI exigia de todos sus ministros y muy particularmente del de negocios extranjeros. En el ministerio de la guerra fué el conde de Muy el sucesor de Aiguillon. Ambos nombramientos fueron recibidos por la opinion pública con frialdad; pero no sucedió lo mismo cuando el rey despidió en 19 de julio al secretario de Estado del departamento de la marina, el inepto Boynes, y nombró en su lugar á Turgot, á la sazón todavía intendente de Limoges. Este suceso conmovió á toda la república literaria y científica de Francia; y Condorcet escribió entusiasmado y lleno de júbilo á Voltaire: «No puede haber mayor dicha á la Francia ni á la inteligencia humana. Jamás ha entrado en el consejo de monarca alguno un hombre que reuniese en igual grado la virtud, el valor, el desinterés, el amor al bien general y á la ilustracion, y el celo para extenderlos. Desde este suceso me acuesto y me levanto tan tranquilamente como si me hallase bajo la égida de todas las leyes de la Gran Bretaña. Casi no me cuido ya de los negocios públicos; tan seguro estoy de que han de ir bien por fuerza.»

Pocas semanas despues fué encargado Turgot de la direccion suprema de la hacienda, y en 24 de agosto tuvo en Compiègne una conversacion memorable con el rey; y cuando la hubo comunicado á su amiga la señorita de Lespinasse (3), escribió esta conmovida: «La alegría es general. Es preciso tomar aliento para poder pensar en su persona propia, y en la gran dicha que nos aguarda.»

Es muy probable que el conde de Maurepas nada tuviese que ver con la subida rápida del intendente de Limoges. Sabemos que un amigo de la infancia de Turgot, el abate Veri, que habia sido conocido del conde y de su esposa en el primer tiempo de su destierro en Bourges y que á la sazón vivia también en Paris, ejercia notable influencia sobre ambos esposos, influencia que sin duda alguna debió de emplear en favor de su amigo Turgot; pero aun admitiendo que el conde de Maurepas hubiese sido ganado á favor de Turgot, es dudoso que á su vez hubiese tenido bastante influencia sobre el rey para inducirle á elegir á un hombre, que aparte de su honradez inmaculada, estaba muy léjos de ser un político incoloro y por el contrario era el jefe conmovedor de aquella secta de filósofos á la cual Luis XVI habia cobrado temor y odio en la escuela de su padre y en la de su ayo. Para tener mérito á los ojos de semejante monarca, como efectivamente lo tuvo, era preciso que hubiese tenido alguna ocasion de conmover su corazón, el cual dominaba en el joven rey á todos los demás sentimientos; y como existe un dato que confirma esta suposicion, conviene por este y otros motivos admitirla con preferencia. Este dato se encuentra en la correspondencia de Metra (4) tan bien enterada y verídica, que dice entre otras cosas: «Cuando salen para sus provincias los intendentes es cos-

(3) Véanse las cartas de esta señora correspondientes al período desde 1773 hasta 1776, publicadas en Paris en 1809.

(4) *Correspondance secrète politique et littéraire, ou mémoire pour servir à l'histoire des cours, des sociétés et de la littérature en France depuis la mort de Louis XV*, Londres 1787; tomo I, págs. 67 y 68.

tumbre darles instrucciones en el consejo de Estado. Las que dió Terrai al intendente Turgot se referian á nuevas cargas tributarias; Turgot se opuso con firmeza y suplicó á S. M. que le destituyera antes de obligarle á abrumar con nuevos impuestos á un pueblo desgraciado. El rey nada contestó, y poco tiempo despues le nombró ministro de marina mandándole decir que esto solo era por el momento; porque le tenia reservado un puesto mas adecuado á su capacidad. Esta relacion concuerda muy bien con la acogida cordial que encontró Turgot en el joven rey cuando se presentó á él en 21 de agosto en el palacio de Compiègne para desarrollar su programa de administracion de hacienda.

Lo que ocurrió en esta conferencia lo contó Turgot al abate Veri inmediatamente despues de su vuelta, y la nota que tomó el abate de esta comunicacion se ha encontrado en sus papeles y concuerda tan perfectamente con el contenido de una carta que Turgot escribió posteriormente al rey y de la cual hablaremos luego, que bien podemos admitir sin escrúpulo esta relacion como exacta (1). La conferencia entre el rey y su nuevo ministro de hacienda no fué larga, pero fué muy característica para ambas partes. Turgot trató de exponer sus ideas en un discurso bien coordinado, pero se embrolló, perdió el hilo, se interrumpió y finalmente exclamó: «Mis palabras son algo confusas, señor, me encuentro demasiado turbado;» á lo cual le contestó el monarca: «Sé que V. es tímido; pero también sé que es V. honrado y de carácter firme y que mi eleccion no ha podido ser mas acertada. Para conocer á V. le encargué del departamento de la marina.» Estas palabras devolvieron á Turgot el valor y la confianza en sí mismo y dijo: «Señor, V. M. me ha de permitir que ponga mis ideas generales por escrito y aun me atrevo á decir mis condiciones respecto de la manera con que V. M. debe secundarme en esta administracion de la hacienda; porque confieso á V. M. que tiemblo al pensar en mis conocimientos superficiales.» El rey contestó: «Bien, bien, como V. quiera; pero (y diciendo esto le cogió las dos manos) le doy desde luego mi palabra de honor de aceptar todas sus ideas y de auxiliarme en todo en las resoluciones valientes que V. tendrá que tomar.»

Con la cabeza ardiendo se fué Turgot á su casa donde escribió su magnífica Memoria cuyo principio y fin solo se comprenden despues de haber leído lo que dejamos expuesto (2). Empieza así: «Señor, al salir del gabinete de Vuestra Majestad, dominado todavía por la consternacion que me causa la enorme carga que V. M. ha echado sobre mis hombros, y conmovido hasta el fondo de mi corazón de la bondad inefable con que V. M. me ha tranquilizado, me apresuro á poner á los pies de V. M. juntamente con mi agradecimiento respetuoso mi vida entera. V. M. se ha dignado permitirme que le presente por escrito el compromiso que ha contraído para consigo mismo de apoyarme en la realizacion de los proyectos económicos, que ineludibles en todo tiempo, lo son hoy mas que nunca. En este momento me limito á recordar á V. M. estos tres principios:

» Nada de bancarota.

» Nada de aumento de contribuciones.

» Nada de empréstitos.

» Nada de bancarota, ni declarada ni simulada en forma de suspension de pagos. Nada de aumento de impuestos,

(1) Estos papeles del abate Veri son ahora propiedad de la familia del marqués de Isnard-Suze y pudo utilizarlos Larcy para su obra interesante: *Louis XVI et Turgot d'après des documents inédits*. Paris 1866, pág. 6.

(2) Esta carta dirigida al rey lleva la fecha de 24 de agosto de 1774 escrita en Compiègne y se encuentra en la obra de DAIRE, tomo II, páginas 165-169.

atendida la situacion de sus pueblos, y mucho mas, atendida los nobles sentimientos del corazón de V. M.

» Nada de empréstitos, porque cada empréstito disminuye la parte disponible de los ingresos, y conduce al cabo de cierto tiempo ó á la bancarota ó á un aumento de impuestos. En tiempo de paz solo debe acudir á los empréstitos para pagar deudas viejas, ó para amortizar otros empréstitos hechos á un tipo mas elevado que el nuevo.

» Para realizar estas tres proposiciones solo hay un medio que es: reducir los gastos á una suma menor de los ingresos, dejando cada año un sobrante de unos 20 millones para aplicarlos á la amortizacion de deudas atrasadas. No haciéndolo así, tendrá que declararse el Estado en bancarota al primer disparo de cañon.»

Estas economías proponia realizar Turgot poniendo á todos los ordenadores de pagos bajo la dependencia directa del ministro, y no permitiendo que los gastos excedieran bajo ningun pretexto el presupuesto fijado, ya reduciendo las mercedes reales y las pensiones cuya concesion habia dado margen á tan grandes abusos, ya aboliendo las particiones de ganancias en la recaudacion de los impuestos y los abusos en su distribucion y recaudacion, á pesar de todo el clamoreo de los que vivian de tales abusos.

Despues concluia Turgot su exposicion en los términos siguientes: «Estos son los puntos que V. M. me ha permitido recordarle. No olvidará V. M. que al encargarme yo del puesto de director general de la hacienda, comprendo toda la extension de la confianza con que me ha honrado; entiendo que V. M. me ha confiado la felicidad de sus pueblos, y si me es permitido expresarme así, el cuidado de hacerles amar la real persona y autoridad de V. M. Sin embargo, no se me oculta al propio tiempo todo el peligro á que me expongo; preveo que habré de luchar solo contra los abusos de toda clase, y contra las personas que ganan en ellos; contra una mar de preocupaciones que se oponen á toda reforma y que son un arma tan formidable en las manos de aquellos que tienen interés en eternizar el desorden. Tendré que luchar también contra la bondad innata y la magnanimidad de V. M., así como con las personas á quienes Vuestra Majestad mas aprecia. Seré temido y hasta odiado de la mayor parte de la corte y de todos cuantos mendigan mercedes. Me atribuirán todas las negativas; me darán fama de cruel y de empedernido porque habré hecho presente á V. M. que no debe enriquecer ni siquiera á las personas á quienes ama, si ha de ser á expensas de la miseria de su pueblo. Este pueblo por el cual me voy á sacrificar, es tan fácil de engañar, que no seria extraño que yo excitase su odio con las mismas medidas que voy á tomar para protegerlo contra las tropelías. Me calumniarán y quizás con una apariencia de verdad suficiente para perder la confianza de V. M. Renunciaré entonces sin pesar un puesto que jamás he ambicionado; y estaré siempre pronto á dimitir en manos de V. M., si pierdo la esperanza de serle útil. La consideracion y la fe de V. M. en mi honradez; la buena opinion general que me ha procurado la eleccion que V. M. ha hecho de mi persona, me son mas caras que la vida, y sin embargo, corro peligro de perderlos, aunque mi conciencia nada tenga por qué reconvenirme. V. M. se acordará entonces de que eché sobre mis hombros, confiando en sus promesas, una carga que quizá sea superior á mis fuerzas, y de que confio mas en el hombre de honor, de rectitud y bondad, que en el soberano. Me tomo la libertad de repetir aquí lo que Vuestra Majestad tuvo la condescendencia de oír y de aprobar.

» La bondad inefable con que V. M. se dignó estrechar mis manos entre las suyas, como quien acepta mi completa sumision á su servicio, jamás se borrará de mi memoria.